

Título: ***Mi hermosa lavandería***

Año: 1995

Director: Stephen Frears

Guión: Hanif Kureishi

Productoras: Channel Four Films/ Working Title Productions

Duración: 94 min.

I

Hanif Kureishi, nacido en Londres de madre inglesa y padre paquistaní, publicó el pasado año en castellano *Soñar y contar*. Se trata de un volumen que recoge diferentes textos (artículos, dietario...) etiquetados como "no ficción". En esta recopilación podemos leer una breve presentación de *Mi hermosa lavandería*.

Introducción a <<Mi hermosa lavandería>>

Escribí el guión de *Mi hermosa lavandería* en la casa de mi tío en Karachi, Pakistán, en febrero de 1984, durante la noche. Mientras escribía, cantaban los gallos y la llamada a la oración reverberaba a través de los gangosos altavoces de una mezquita cercana. Era imposible dormir. Una mañana, mientras desayunaba en el porche, recibí una llamada telefónica de Howard Davies, un director de la Royal Shakespeare Company con quien había trabajado en un par de ocasiones. Tenía la intención de dirigir *Madre Coraje* de Brecht, con Judi Dench en el papel principal. Quería que yo me encargara de la adaptación. (...)

Como *Mi hermosa lavandería* era el primer guión cinematográfico que escribía, y yo era en primer lugar un autor teatral, escribí cada una de las escenas de la película como si fuera una escena breve de una pieza de teatro, con la acción escrita como indicaciones escénicas y muchísimo diálogo. Cuando acabé, suprimí la mayor parte de los parlamentos y añadí más indicaciones escénicas, a menudo dentro de un vehículo, o con gente corriendo de un lado a otro, para mantener las cosas en movimiento, dado que las películas necesitan mucha acción.

Almorcé un par de veces con Karin Banborough, de Chanel Four. Quería que yo escribiera alguna cosa para *Film on Four*. Yo estaba más que entusiasmado. Para mí, *Film on Four* había tomado el relevo a *Play for Today* de la BBC, en materia de presentar drama contemporáneo de verdad a grandes audiencias. El trabajo de escritores de televisión como Alan Bennett (la mayor parte dirigido por Stephen Frears), Dennis Potter, Harold Pinter, Alan Plater y David Mercer me influyó mucho cuando yo era adolescente y vivía en mi casa de las afueras. A la mañana siguiente de una emisión de *Play for Today*, mientras iba en tren hacia

Londres, escuchaba las discusiones de los viajeros acerca de la obra presentada la noche anterior y les interrumpía con mis propias opiniones.

La enorme ventaja de una serie dramática de televisión era que la gente la veía; se podían decir cosas difíciles, plantear retos acerca de la vida moderna. El teatro, a pesar de los esfuerzos de las compañías con sus giras y cosas por el estilo, había fracasado en su intento de llevar su mensaje más allá de unas audiencias tan entusiastas como pequeñas.(...)

La película comenzó siendo un relato épico. Se pretendía que fuera como *El Padrino*, iniciándose en el pasado con la llegada de una familia de inmigrantes a Inglaterra y mostrando su vida hasta el presente. Habría muchas escenas ambientadas en los cincuenta; la gente comería pan y aceite y desembarcaría mucho; habría escenas de Johnny y Omar de niños y de marchas racistas con actitudes violentas por parte de los manifestantes.

No tardamos mucho en decidir que era imposible hacer una película a semejante escala. Todavía está por realizarse. A cambió centre la película en el presente aunque con unas cuantas referencias al pasado.

Se rodó en un plazo de seis semanas, durante los meses de febrero y marzo de 1985, con un presupuesto bajo y en 16mm. Esto me llenaba de satisfacción. No estábamos sometidos a presiones comerciales, no había nadie que tuviera un gran capital invertido y que nos dijera que debíamos hacer. Además yo estaba cansado de ver películas carísimas, localizadas en parajes exóticos; a mí me parecía que cualquiera podía hacer estas películas, siempre que dispusiera de un libro viejo, un país tropical, nuevas tecnologías y fuera capaz de enfocar la cámara en un paisaje bonito del país tropical, con una estrella en primer plano ataviada con ropa impecablemente limpia, recitando las líneas de dialogo del libro viejo.

Decidimos que la película debía tener elementos tomados de las películas de gangsters y de suspense, dado que el film de gangsters es la forma que corresponde con mayor exactitud a la ciudad, con sus pandillas y su violencia. Además, la película debía ser un pasatiempo, a pesar de las referencias al racismo, el desempleo y el thatcherismo. La ironía es la forma moderna de opinar acerca de la miseria y la crueldad, sin caer en la amargura y la pedantería. Desde la primera vez que vi al público reír he deseado que volviera a ocurrir una y otra vez. (...)

El film se presentó en el Festival de Cine de Edimburgo y después pasó a las salas comerciales.

(*Soñar y contar*, Anagrama, Barcelona, pp-143-147)

II

Kureishi tiene muy presente la figura de Margaret Thatcher en su obra de ficción y de no ficción, reconoce la influencia que ha tenido su voluntad de transformar el país en lo económico, lo social, cultural... Tenía un plan enormemente ambicioso. En las memorias de esta mujer encontramos unas páginas dedicadas a la importancia que tuvo el debate sobre la inmigración en su camino hacia el poder:

Desde el discurso de Enoch Powell en Birmingham en abril de 1968, la impronta de la actitud civilizada entre los políticos de centro derecha había sido rehuir el tema de la inmigración y la raza y, caso, de no ser posible abordarlo en términos tomados de la izquierda, alabando la naturaleza “multicultural” y “multirracial” de la sociedad británica moderna. Este enfoque no hacía más que pasar por alto los problemas reales causados en ocasiones por la inmigración, e ignoraba la ansiedad de los directamente afectados calificándola de “racista”. Jamás había estado dispuesta a aceptarlo. Me parecía a la vez deshonesto y presuntuoso.

Nada es más ciego a los colores que el capitalismo en el que había puesto mi fe para la resurrección de Gran Bretaña. Formaba parte de mi credo que los individuos eran dignos de respeto como individuos, no como miembros de clases o razas; el propósito del sistema político y económico que yo defendía era liberar el talento de esos individuos en beneficio de la sociedad. No sentía la menor simpatía por los agitadores, como el National Front, que pretendían explotar el tema racial. Me parecía profundamente significativo que este tipo de grupos, tanto ahora como en el pasado, fueran tanto socialistas como nacionalistas. Todo colectivismo conduce siempre a la opresión: sólo varían las víctimas.

Al mismo tiempo, la inmigración a gran escala desde la nueva Commonwealth había transformado a lo largo de los años grandes áreas de Gran Bretaña de un modo que a la población nativa le resultaba difícil aceptar. Una cosa es que un político con el riñón bien cubierto predique los méritos de la tolerancia en un foro público antes de regresar a un hogar confortable en una calle tranquila de uno de los barrios más respetables, donde el precio de las viviendas le garantizan la exclusividad del *apartheid* sin su estigma, y otra muy distinta que la gente de menos recursos, que no puede permitirse el lujo de mudarse, tenga que ver como cambia su vecindario y cómo disminuye el valor de su propiedad. Quienes se encuentran en tal situación necesitan que se les ofrezca seguridad no actitudes paternalistas. Como ya sabía tras haber hablado con emigrantes de mi propia circunscripción electoral, no eran las familias blancas las únicas que estaban profundamente preocupadas. Los emigrantes que ya se encontraban aquí y deseaban ser aceptados como miembros de pleno derecho de la comunidad sabían que de continuar la emigración a gran escala se produciría una reacción de la que podrían ser víctimas.(...)

Aunque no había planeado hacer ninguna declaración específica sobre la inmigración, no me sorprendió ser interrogada sobre el tema en una entrevista en *World in Action*. Llevaba algún tiempo meditando sobre el tema, y de hecho había expresado mi opinión con

vehemencia en otras entrevistas. Tampoco sentía, por las razones que ya he expuesto, la más mínima inhibición a hacerlo. Dije:

...La gente está bastante preocupada por la idea de que este país pueda verse inundado por personas de una cultura diferente... Así pues, si uno pretende que las relaciones raciales sean buenas, es necesario aplacar los miedos de la gente respecto al número... Tenemos que plantearnos la perspectiva de poner fin a la inmigración, excepto, por supuesto, en casos humanitarios. Por consiguiente, tenemos que reexaminar el número de quienes tienen derecho a venir... Todo el que esté aquí debe ser tratado con igualdad ante la ley y es por eso, en mi opinión, por lo que muchos de ellos temen también que su posición se vea comprometida, o que la gente se muestre hostil hacia ellos, a menos que reduzcamos el volumen de inmigración.

Hasta a mí me sorprendió la reacción ante estos comentarios extremadamente moderados. Demostró hasta que punto los políticos habían llegado a aislarse de las verdaderas preocupaciones de la gente. (...) Quince años más tarde, resulta histórica esta reacción ante ideas que posteriormente tomaron cuerpo en forma de leyes y han sido universalmente aceptadas.

Incluso por aquel entonces, la reacción en el país, sin duda magnificada por la exagerada retórica de los críticos, que creían que finalmente me habían hundido, fue totalmente diferente. Antes de la entrevista, los sondeos de opinión nos mostraban empatados con los laboristas. Después de ella, los conservadores adquirimos una ventaja de 11 puntos. Este efecto imprevisto de una respuesta espontánea a la pregunta de un entrevistador tuvo consecuencias políticas importantes. (...)

Todo aquel asunto me demostró que debía confiar en mi propio criterio en las cuestiones cruciales, en vez de intentar convencer de antemano a mis colegas, porque cabía esperar que en algún lugar del país encontrara seguidores, e incluso tal vez una mayoría que me respaldara.

(El camino hacia el poder, Aguilar, Madrid, pp. 373-376)

III

Margaret Thatcher empieza su texto refiriéndose a Enoch Powell, figura relevante del partido conservador. A cómo después de él, desde el centro derecha, se había intentado rehuir el discurso sobre la inmigración y en caso de no poderlo evitar, no se había tenido la valentía de Powell. Kureishi tiene otro recuerdo de los mensajes lanzados por Powell:

En 1965, Enoch Powell dijo: <<No debemos perder de vista el deseo de conseguir un flujo continuado de repatriaciones voluntarias de aquellos elementos que han demostrado ser unos fracasados o inadaptados.>>

En 1967, Duncan Sandys manifestó: <<El nacimiento de millones de niños mestizos sólo servirá para producir una generación de inadaptados y creará tensiones nacionales.>>

Yo no era un inadaptado; yo era capaz de vivir como un ser coherente. Eran los otros, ellos querían inadaptados; querían que tu encarnaras, en tu propia personalidad, sus ambivalencias.

También en 1967, Enoch Powell –que una vez dijo que le hubiera encantado ser virrey de la India- citó textualmente a uno de sus seguidores, que había dicho acerca de los paquistaníes: <<Este país no será digno de que vivan en él nuestros hijos.>> Y una vez más, Powell dijo, en una frase que se hizo famosa: <<Cuando miro el futuro, me invade un presentimiento. Como dijo el romano: “Me parece ver el río Tíber cubierto con la espuma de la sangre.”>>

Mientras los periódicos publicaban los discursos de Powell, en las calles de Londres aparecieron los grafitis manifestándole su apoyo. Los racistas ganaron confianza. La gente me insultaba por la calle. Alguien en el café se negó a comer conmigo en la misma mesa. Los padres de una muchacha de la que estaba enamorado le dijeron que su reputación se vendría abajo si salía con negritos.

Powell se permitió convertirse en el abanderado de los racistas. Él ayudó a crear el racismo en Gran Bretaña y fue el responsable directo no sólo de la atmósfera de odio y temor sino también, a través de su influencia, de los actos individuales de violencia contra los paquistaníes.

Los cómicos, en la televisión, utilizaban a los paquistaníes como el blanco de sus humoradas. Sus chistes estaban muy politizados; contribuían a una manera específica de ver el mundo. La divertida simplificación del odio racial a través del humor hizo dos cosas: por un lado, expresaba un punto de vista colectivo (ratificado al ser emitido por la BBC), y, por el otro, era la exaltación del desprecio en millones de salas de estar de toda Inglaterra. Por estos motivos tenía miedo de ver la televisión; era demasiada vergüenza, demasiado degradante.

Los padres de mis amigos, de clase media baja y trabajadora, a menudo me decían que eran partidarios de Powell. Algunas veces les oía hablar, acalorados, con violencia, acerca de la raza, acerca de los <<paquis>>. Yo sentía una vergüenza terrible y tenía miedo de ser identificado con estos odiosos extranjeros. Noté que me resultaba casi imposible responder

cuando me preguntaban de dónde procedía. La palabra <<paquistaní>> se había convertido en un insulto. Era una palabra que no quería emplear conmigo. No podía tolerar ser yo mismo.

Los británicos se quejaban sin cesar de que los paquistaníes no se integraban. Esto significaba que deseaban que los paquistaníes fueran exactamente igual a ellos, Pero, desde luego, incluso si lo hubieran sido los habrían rechazado.

Eran ellos los que estaban haciendo la integración: asimilaban a los paquistaníes a su visión del mundo. Los veían como seres sucios, ignorantes y menos humanos, merecedores de los abusos y la violencia...

(*Soñar y contar*, Anagrama, Barcelona, pp. 36-38.)